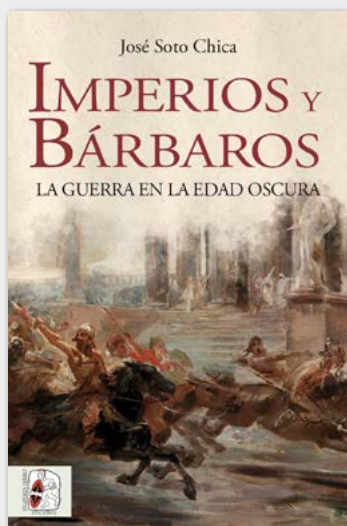


La Edad Oscura y el germen de la Europa moderna

La caída del Imperio romano de Occidente dio paso a una época de transformación y de permanente conflicto, pero en extremo dinámica, en la que el nacimiento de los reinos germanos en Francia, España, Italia o Gran Bretaña, la pervivencia de Bizancio y la irrupción del islam sentarán las bases de las futuras naciones europeas modernas.



“Edad oscura” es el nombre que tradicionalmente se ha venido dando al periodo comprendido entre el siglo V y el VIII de nuestra era, entre las grandes invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio, un tiempo que supuso la transformación definitiva del mundo antiguo y el alumbramiento del Medioevo. Y aunque las nuevas corrientes historiográficas han cuestionado ese adjetivo, no parece baladí cuando comprobamos una característica esencial del periodo: la ubicuidad de la guerra. Los conflictos bélicos, ya fueran de carácter casi mundial porque enfrentaban a los grandes imperios, o de carácter local, fueron continuos y feroces, desde Atila y sus hunos y la caída del Imperio romano de Occidente, al avance incontenible de la marea islámica, solo frenado *in extremis* por Bizancio y los francos. En *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, José Soto Chica, profesor de la Universidad de Granada, aúna un exhaustivo conocimiento con la veta de gran narrador ya mostrada en incursiones en la novela histórica, para trenzar un análisis de enorme calado histórico pero que se lee con la agilidad que merece un tiempo de gran dinamismo y unos hechos excitantes. En este libro asistiremos a la caída de grandes potencias como Roma, al nacimiento y abrupto final del reino visigodo en España, a batallas cruciales en el destino del mundo como Poitiers o al alumbramiento de leyendas como el rey Arturo, episodios cruciales todos ellos para la formación de la identidad europea occidental. Pero también romperemos las costuras de la visión eurocéntrica tradicional para ser testigos del colosal enfrentamiento entre Bizancio y la Persia sasánida por el Medio Oriente, a la efímera existencia de imperios de las estepas frente a la eternidad de la China Tang y al despertar de una fuerza que hará tambalear los cimientos del mundo conocido, la de Mahoma y los ejércitos del islam. Sin duda, una obra que arroja luz sobre una época poco luminosa y poco iluminada por la investigación.



José Soto Chica fue militar profesional y estuvo destinado a la Misión de Paz de la ONU (UMPROFOR) en Bosnia Herzegovina. Un accidente con una mina le costó una pierna y lo dejó ciego, lo que le llevó a reencauzar su vida hacia su verdadera pasión, la historia. Apenas un año después del incidente se matriculó en la Universidad de Granada, y en la actualidad es doctor en historia medieval y profesor contratado doctor de la Universidad de Granada e investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. Es autor de las monografías *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el oriente a las conquistas árabes*, *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente*, así como coautor de la edición, traducción y estudio de *La Didascalía de Jacob*. José Soto Chica ha publicado más de cuarenta artículos en revistas y capítulos de libro en obras especializadas y también es autor de dos novelas históricas: *Tiempo de leones* y *Los caballeros del estandarte sagrado*.

Disponible el 1-10-2019. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



José Soto Chica, por Pepe Soto Chica

Nací en Santa Fe, Granada, en 1971. Desde pequeño fui un lector compulsivo de historia (mi primer libro, a los siete años, fue la *Anábasis* de Jenofonte). En 1992-1993 realicé mi servicio militar en el Regimiento Saboya N.º 6, Brigada Mecanizada N.º XI. El ejército me atrapó y en 1994 me alisté como soldado profesional, tras pasar por Alicante, me destinaron al Regimiento Córdoba N.º 10, Brigada Mecanizada N.º X. En enero de 1995 fui destinado a la Misión de Paz de la ONU, UMPROFOR, en Bosnia Herzegovina. El conflicto bélico estaba en su punto álgido y permanecí en Bosnia hasta finales de abril de ese año, realizando misiones de protección y escolta en destinos como Medjugorje, Mostar, Jablanica, Metkovic, Chaplina, etc. Recibí la Medalla al Servicio por la Paz de la ONU. En enero de 1996 y en el marco de unas maniobras con explosivos llevadas a cabo en el campo de maniobras de mi base, Cerro Muriano, sufrí un accidente con una mina que me dejó ciego y en el que perdí la pierna izquierda. Durante catorce días estuve entre la vida y la muerte y tras despertar en el hospital, mi recuperación fue rápida. En 1997, con 26 años de edad, comencé a cursar la licenciatura de historia en la Universidad de Granada. Tras una buena carrera –menos cuatro sobresalientes y dos notables, el resto fueron matrículas de honor– cursé el DEA, obtuve una beca de formación de doctores de la Junta de Andalucía y comencé mi tesis doctoral: *Bizantinos, sasánidas y musulmanes. El fin del mundo antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642*, que defendí en marzo de 2010 obteniendo la máxima calificación.

Cómo trabaja un historiador ciego

La informática para ciegos ha dado un gran salto en los últimos años. Un ordenador normal y corriente pero con el programa Jaws permite al ciego escribir, leer, navegar por Internet, usar el correo, etc. Jaws describe con voz lo que el usuario normal vería en pantalla: iconos, enlaces, texto, etc. Un escaner portátil conectado al ordenador permite leer sin problemas. Basta con escanear el documento que se quiere leer: libro, revista, periódico, etc. para que Jaws lo lea. Además el documento se archiva en distintos formatos y así puede volver a consultarse o trabajar sobre él sin problemas y sin tener que volver a escanearlo. En cuanto a mi trabajo de investigación, en primer lugar y durante años he ido acumulando, escaneando, cientos de fuentes y bibliografía que me sirven de base de partida. Las fuentes, herramientas fundamentales, no solo están ya archivadas en mi ordenador, sino que en cierta medida se han transformado en bases de datos sobre las que ya es fácil operar con parámetros de búsqueda. Internet el gran amigo de los ciegos: buena parte de las grandes bibliotecas del mundo han digitalizado sus fondos y los han hecho accesibles para personas ciegas. Ello facilita mucho la labor de investigación que, en esencia, es similar a la de cualquier otro. En el caso de las imágenes, monedas, sellos, esculturas, mosaicos, etc. recorro a descripciones de análisis de especialistas y a mis “ojos suplentes”: familiares, amigos, compañeros de mi centro de investigación... que me describen lo que ven y a partir de ahí tomo notas. Téngase en cuenta que me quedé ciego con 24 años y eso lo cambia todo. Mi cerebro sigue viendo y además, al ser un apasionado de la historia, del arte y de la geografía, buena parte de lo que me describen, o bien lo he visto y se trata de refrescar detalles, o bien puedo evocar equivalentes cercanos y componer una imagen bastante aproximada. En una biblioteca, con mi ordenador y un escaner, no creo que hoy exista una diferencia significativa entre mi labor y la de un investigador en plena posesión de sus sentidos físicos.

Curriculum de José Soto Chica

José Soto Chica es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada. Posee la acreditación de profesor contratado doctor y es investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. Es autor de siete libros, el actual: *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*. Así como de dos novelas históricas –*Tiempo de leones* y *Los caballeros del estandarte sagrado*–, tres libros de historia centrados en el Bizancio, la Persia sasánida y el Islam de los siglos V y VII –*Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica. 565-642*, *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes* y *La didascalía de Jacob*– y uno de relatos cortos de terror y misterio, *Sin maquillaje. Relatos tras la tormenta*. Es así mismo autor de más de cuarenta artículos científicos y capítulos de libro en obras especializadas. Ha publicado también artículos de divulgación histórica en revistas como *Desperta Ferro Antigua y Medieval* o *Arqueología e Historia*. También es autor de relatos cortos, poemas y artículos de opinión. Soldado profesional, sirvió en la misión de Paz de la ONU en Bosnia Herzegovina y recibió la Medalla por la Paz en 1995. En 2011 fue galardonado con el Diploma Honorífico a la Divulgación de la Historia y la Cultura de la ciudad de Estambul concedido por la Asociación de Comerciantes Suyad Sultanahmet Onur Belgesi de Estambul. En 2013 recibió la Gran Cruz al mérito distinguido de la asociación Duque de Ahumada. Es miembro de la Sociedad Española de Bizantinística, de la Sociedad Española de Iranología, de la Sociedad Española de Estudios Neogriegos y de ASEHISMI: Asociación Española de Historia Militar y ha impartido y ofrecido clases, conferencias y ponencias en universidades e instituciones tales como las universidades de Granada, Almería, Oporto, Lund, Teherán, Alcalá de Henares, Autónoma de Barcelona, Murcia, La Real Academia de la Historia, La Academia Militar General, el MADOC o La Base Aérea de Armilla. Ha sido redactor y voz de programas de radio, comisario de exposiciones. Asimismo, es socio del Centro Artístico, Literario y Científico de Granada. Actualmente participa en varios proyectos de investigación e imparte clases.

INDICE

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

Capítulo 1 Los ejércitos de romanos y hunos a mediados del siglo V

Capítulo 2 Las batallas de Aurelianorum y los Campos Cataláunicos

Capítulo 3 La batalla de Vouillé

Capítulo 4 Las batallas de los dos dragones

Capítulo 5 Bizancio y la reconquista de un Imperio

Capítulo 6 Bajo un estandarte de leones

Capítulo 7 La cruzada de Heraclio y la batalla de Nínive

Capítulo 8 La espada de Dios

Capítulo 9 Entre el fuego y la sal

Capítulo 10 Los soldados del Hijo del Cielo

Capítulo II En los confines de Occidente

Conclusión

Bibliografía

Índice analítico

Créditos de las imágenes



INTRODUCCIÓN

LA GUERRA EN LA EDAD OSCURA: BATALLAS Y EJÉRCITOS OLVIDADOS

«El chorro torrencial del fuego y la sangre, las incursiones de los bandidos, La invasión asesina, el clamor de los demonios, los gritos de los dragones...».¹ De esta estremecedora y apocalíptica manera, un obispo armenio de la segunda mitad del siglo VII trataba de trasladar a sus lectores el horror desencadenado por las grandes

y continuas guerras de su tiempo. De hecho, aunque la Edad Media fue ya de por sí una época en la que la guerra se manifestó omnipresente, lo cierto es que el periodo que va del siglo V al VIII constituye un auténtico «clamor de demonios». Un bélico estruendo que configuró nuestro propio tiempo. En efecto, los siglos que van del V al VIII contemplaron los conflictos que transformaron de forma definitiva el antiguo mundo, configurado en esencia por la existencia de tres grandes imperios: el romano, el persa y el chino, en un nuevo mundo en el que las invasiones y conquistas araboislámicas quebraban para siempre la unidad del Mediterráneo romano, domeñaban al último Imperio persa, se apoderaban de Asia Central y del noroeste del subcontinente indio, rozaban las fronteras de China y, hacia el otro extremo del mundo antiguo, sumergían la Hispania visigoda y tentaban el Reino franco de las Galias.

Así pues, una época de transformación que conforma un nuevo mundo en el que se atisban ya las líneas generales de nuestro propio mundo. Pero, también, una época turbulenta y, por lo tanto, difícil de

abordar. «Edad Oscura»,² ese era el nombre que, durante mis años de carrera, finales de los noventa, se continuaba asignando al periodo que se extendía entre las grandes invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio. Esos cuatrocientos años que *grosso modo* se extendían entre la muerte de Teodosio

el Grande y la coronación imperial de Carlomagno, eran campo de extraños y oscuros acontecimientos en los que ciudades arruinadas, salvajes tribus, imperios decadentes, reinos bárbaros y una arrolladora expansión islámica, proporcionaban el marco de unos siglos que parecían no tener más propósito que servir de puente entre el Imperio romano y la Edad Media.

Belicosos siglos. Por lo tanto, plenos en cambios e innovaciones tácticas, tecnológicas, logísticas, etc. Pues estos años, 451-751, contemplaron notables innovaciones en el arte de la guerra y situaron esta como centro y motor de no pocas de las grandes transformaciones políticas, sociales, culturales, económicas y religiosas del periodo.

«La guerra es la madre de todas las cosas»,³ decía en el siglo VI a. C. el filósofo

griego Heráclito de Éfeso y nosotros podríamos añadir que nunca fue tan madre como en los turbulentos años que aquí vamos a abordar.

Grandes transformaciones militares se dieron en estos siglos. Transformaciones que cambiaron para siempre el carácter y forma de la guerra. Este libro



Réplica del casco de Sutton Hoo, que da una idea de cuál habría sido su aspecto original.

tratará de mostrarla en todas sus facetas durante este periodo vital de la historia universal. La organización de los ejércitos, su reclutamiento, paga y abastecimiento, la táctica y estrategia, el armamento y adiestramiento... Y, además, tratará de mostrar todo eso en funcionamiento mediante la breve descripción de algunas de las batallas más decisivas del periodo y, también, con casi toda seguridad, de la historia universal. Y es que, en última instancia, los ejércitos solo pueden entenderse del todo en batalla. Es en la batalla donde el armamento, el adiestramiento, la organización, la ideología y la táctica tienen su fin y su sentido.

El mundo entre los siglos V al VIII fue un mundo en guerra. Un mundo de grandes y disciplinados ejércitos imperiales con siglos de tradición militar a sus espaldas. Pero, asimismo, de bandas de salvajes guerreros sin más pasado que el de las nieblas de la leyenda. Un mundo de hierro y conquista. Pero, también, un mundo de perfeccionamiento e innovación militar. Ese continuo vaivén entre organización y barbarie, entre ejércitos muy complejos y con un grado de organización altamente desarrollado y bandas guerreras con eficaces pero poco estructuradas formas de combatir, es una característica siempre a tener en cuenta en una historia de la guerra en la Edad Oscura. Entre ambos extremos, que podrían estar representados por los ejércitos romano-bizantino, sasánida y chino, por un lado y, por otro, por las primitivas bandas guerreras de los eslavos y las anárquicas huestes de los señores de la guerra anglos y sajones, había todo un abanico de grados intermedios.

Otro tanto ocurría en el armamento. Entre el equipado caballero bizantino de hacia el año 600, con su cuerpo y el de su caballo poderosamente acorazados, portando escudo y armado con una apabullante panoplia ofensiva que incluía espada, arco compuesto asimétrico, lanza, dardos y venablos, y el guerrero eslavo sin armadura o protección de ningún tipo y armado solamente con un venablo o con un arco de curvatura simple y flechas envenenadas, había un salto tecnológico brutal.⁴ La tecnología militar desempeñó siempre un papel determinante junto con la organización.

Los cambios constantes en las fronteras y las invasiones, estas últimas un factor bélico constante a lo largo de todo el periodo aquí estudiado, actuaron como vectores de transmisión de la tecnología militar y del arte de la guerra. Así, por ejemplo, máquinas de guerra con mecanismos de contrapeso originarias de China fueron llevadas por los ávaros a Europa y fueron ellos, también, con casi toda seguridad, los que terminaron por extender en Europa occidental el uso del estribo que, aunque

sobrevalorado durante mucho tiempo por los historiaadores, fue un elemento importante en el desarrollo de la caballería medieval a partir de la segunda mitad del siglo VIII.

Otro ejemplo: el gran arco compuesto asimétrico centroasiático o arco reflejo compuesto, un arma poderosa desarrollada por los hunos y cuyo antecedente era el arco compuesto escita inventado muchos siglos antes, fue un factor clave en la expansión de los hunos, desde luego, pero terminó siendo pieza fundamental del equipo de los caballeros bizantinos y sasánidas de los siglos VI y VII y un factor esencial a la hora de explicar, por ejemplo, las grandes victorias de los generales de Justiniano, Belisario y Narsés, sobre vándalos y ostrogodos.⁵

Otro invento de la época, uno en especial llamativo y que significó un cambio drástico en la guerra naval y de asedio durante los siglos VII al XII, fue el temido, misterioso y mal llamado «fuego griego», un arma que, en buena medida, presagiaba a la artillería y al lanzallamas y que supuso todo un prodigio técnico en cuanto al diseño de los sifones que se empleaban para propulsarlo y en cuanto a su formulación química.⁶

Además, en este periodo surgirían también algunas de las unidades tácticas más famosas y de mayor significado militar de la historia de la guerra como las unidades bizantinas del tipo *tagma* y *meros*⁷ o como las *aynâd* árabes, o como la formación en *jamis* inventada por los primeros ejércitos califales.⁸

Además, los siglos aquí estudiados fueron también los siglos en que aparecieron algunos de los manuales tácticos más influyentes de la historia universal: el *Epítoma rei militaris* del hispano Flavio Vegetio Renato, escrito en algún momento de la primera mitad del siglo V, y el conocido como *Strategikon* del Pseudo-Mauricio redactado casi con toda seguridad en torno al año 613.⁹

Esta obra abarca un amplio espectro cronológico, tres siglos y un amplísimo escenario geográfico y cultural que va desde la China de los Tang al reino visigodo de Toledo y desde las fronteras de lo que hoy son Escocia e Inglaterra, a los bordes del Sahara. Del último ejército romano de Occidente al ejército de Carlos Martel y de la organización militar de la Persia sasánida a las anárquicas bandas guerreras de los eslavos. Será, pues, un largo viaje a través de disputados y ensangrentados campos de batalla en los que se sepultó un mundo, el de la Antigüedad, y se parió otro, el de la Edad Media. Cuando el largo viaje termine, el lector conocerá las claves de la guerra y de los ejércitos en una época apasionante: la Edad Oscura.

CAPÍTULO 2

LAS BATALLAS DE AURELIANORUM Y LOS CAMPOS CATALÁUNICOS

LOS CAMPOS CATALÁUNICOS

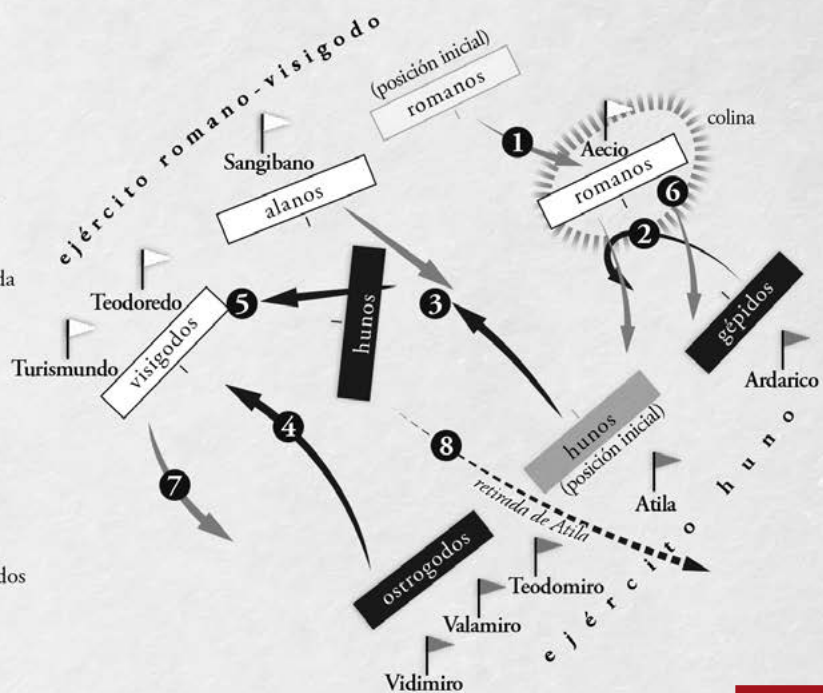
Atila no necesitaba de sus chamanes para saber que iba a ser derrotado. Estaba claro que a lo único que podía aspirar era a lograr un empate táctico y a librarse de la total destrucción. Ya no pensaba en vencer, sino en sobrevivir y retirarse a sus bases en el Tissus lo menos vapuleado posible. Pero la profecía de que el jefe enemigo moriría lo animó un tanto. Atila, claro está, interpretó que Aecio moriría, pero he aquí que el jefe enemigo que moriría sería Teodorico, rey de los godos. Este relato, con sus perfiles legendarios a la par que extraordinariamente vívidos, es una mera construcción de Jordanes. En efecto, dicho cronista era godo y, además, en 550, conoció en Constantinopla a Casiodoro y se vio muy influenciado por la obra que este último había escrito para Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos, sobre la historia de los godos. La obra de Casiodoro era un ejercicio de equilibrio entre el halago y la verdad y no siempre ganaba esta última. Jordanes aprovechó la obra de Casiodoro, destinada a alabar y

engrandecer el papel de los godos en la historia romana, y sumó a ello su catolicismo militante, circunstancia que Casiodoro no pudo hacer por miedo de ofender a su arriano patrón, el rey Teodorico, y su «orgullo nacional godo». Además, y para exaltar aún más la desafortada tendencia progoda de Jordanes, este último presentó su obra sobre la historia de los godos en una corte constantinopolitana que había tratado de buscar un compromiso con los godos y en la que la nieta del rey Teodorico el Grande, Matasuenta, acababa de enviudar de Germano, primo del emperador Justiniano y desempeñaba un importante papel.⁷⁶ Así que no es de extrañar que Jordanes tratara de hacer resaltar a los godos, visigodos y ostrogodos, por encima incluso de los romanos de Occidente que, al fin y al cabo, habían terminado por caer y a los que recientemente los romanos de Oriente habían tenido que «rescatar» de manos bárbaras. Pero dejando de lado estos temas de análisis historiográfico, lo cierto es que, si uno analiza

La batalla de los Campos Cataláunicos

20 de junio de 451

- 1 Aecio desplaza sus unidades hacia la colina, y antes de que los gótipos puedan reaccionar a la acción, realiza su movimiento con éxito.
- 2 Ardarico trata de expulsar a los romanos de la colina pero, tras varios asaltos, no logra su objetivo.
- 3 Atila avanza en persona contra el centro de la línea adversaria, donde choca con las tropas que comanda Sangibano.
- 4 Los ostrogodos, que conforman el ala izquierda de Atila, pasan también al ataque.
- 5 Atila hace retroceder a Sangibano, lo que le proporciona la oportunidad de atacar de costado a los visigodos. El rey visigodo Teodoredo muere en combate.
- 6 Aecio debe intervenir y ataca con todas sus fuerzas a los gótipos, que muy pronto empiezan a ceder terreno. Atila corre el riesgo de ser copado.
- 7 El contraataque visigodo por el extremo de la línea hace retroceder a sus oponentes ostrogodos y, al igual que Aecio, se convierte en una amenaza para la retaguardia de Atila.
- 8 Al rey de los hunos solo le queda huir. Su ejército se repliega desordenadamente sobre el campamento fortificado. La batalla ha concluido.





Casco encontrado en Berkasovo (Serbia), compuesto por dos secciones, fijadas a una banda remachada en el aro inferior de la calota que se arquea por encima de cada ojo y que tenía fijada una protección nasal en forma de T. Cuenta con decoración repujada en plata sobredorada.

la batalla sin dejarse cegar por la retórica «nacionalista» del godo Jordanes, queda claro que fueron Aecio y sus tropas romanas quienes llevaron la iniciativa táctica y los que llevaron a cabo la acción decisiva de la batalla.⁷⁷

Tras la acción nocturna llevada a cabo por los francos salios de Meroveo, aliados de Aecio, Atila debía de estar desesperado. No solo no podía seguir retirándose y se veía obligado a presentar batalla en condiciones desfavorables, sino que además lo haría sobre un terreno que contrariaba a su ejército. En efecto, a media jornada de marcha por delante, el río Albis le cerraba el paso y el ataque franco había desorganizado sus líneas. Y, lo que es peor aún, tras la confusión de la noche, a la luz del amanecer, comprobaría que había dejado sin ocupar el punto crucial en el inesperado campo de batalla: una colina, casi un cerro en aquella tierra de llanos inacabables. ¿Dónde estaba, en

realidad, ese cerro o colina? ¿Qué lugar ocupaba en el campo de batalla? Sobre este particular se ha discutido y se discute mucho. Así, para Ian Hughes, todo el campo de batalla se configuraba en torno a ese cerro que abarcaría todo el frente de la contienda y contaría con varias cimas, mesetas y valles. Esto no tiene sentido. De hecho, Jordanes especifica que el campo de batalla era, en esencia, una llanura y que el terreno iba ascendiendo de forma casi imperceptible hasta formar un collado que ocuparon los romanos de Aecio en la primera fase de la batalla. Lo sabemos porque Atila, al arengar a sus hombres tras su fracaso inicial al querer tomar la colina, señaló a los enemigos que la ocupaban diciendo:

[...] Están ya muertos de terror incluso antes de vuestro ataque y por eso se suben a las alturas. Se arrepienten tarde, en el campo de batalla, y buscan desesperados, lugares altos y fortificados para resguardarse. Ya sabéis bien qué poco resistentes son las armas romanas. Aguantan difícilmente, no digo ya la primera herida, sino incluso la primera polvareda que se levanta cuando se ponen en orden de batalla o preparan su formación en tortuga [...].

¿Qué tenemos aquí? Que era la tropa romana quien ocupaba la colina en cuestión. Atila señala solo a «las armas romanas» y su tradicional: *in ordine coeunt et acies testudineque conectunt*, o más bien «en orden cerrado y formación en tortuga». ¿Recordamos cómo formaba la hueste romana según Vegetio, contemporáneo de los hechos aquí narrados? Con la infantería pesada en el centro formando un muro de escudos, una tortuga, y con la infantería ligera y las carrobalistas detrás, siendo la infantería flanqueada por la caballería y en ocasiones reforzada su primera línea con pequeños grupos de *catafractarii*.⁷⁸ Y eso es lo que veían Atila y sus tropas: una formación densa y formidable, una formación romana. Pero si los romanos ocupaban la colina eso quiere decir que esta representaba solo un tercio del campo de batalla, pues los alanos del rey Sangibano ocupaban el centro y los visigodos el ala derecha. Esta estrategia, que eran los romanos quienes ocuparon la colina y que, pese a la propaganda progoda de Jordanes, llevaron a cabo la acción decisiva de la batalla: ocupar y sostener la posición clave y amenazar desde ella con envolver al ejército de Atila, es evidente y, sin embargo, una y otra vez se olvida.

CAPÍTULO 4 LAS BATALLAS DE LOS DOS DRAGONES

DE LA INVASIÓN SAJONA A LA BATALLA DE MONS BADONICUS, 450-493

Fuera de Londinium, las principales ciudades britanorromanas estaban en el área que parece haber estado sujeta a Ambrosio Aureliano: Venta Belgarum (Winchester), Calleva Atrebatum (Silchester), Durocobriga, Clausentum (Southampton), Durnovaria, Isca Dumnonia, Noviomagus (Chichester), Cunetio, Aquae Sulis (Bath), Anderida, Sorviodonum (Salisbury), Corinium (Cirencester), etc. Además, si se observa un mapa, se verá que el dominio de Ambrosio Aureliano estaba en la «línea de expansión» de los invasores germanos. Así que todo llevaba a Ambrosio Aureliano a constituirse en el nuevo *dux Britanniarum*, en el duque de los britanos, y en el *regum omnium regi e insularis draco*, dragón de la isla de Britania.

Gildas menciona que Ambrosio Aureliano fue capaz de reorganizar con éxito la defensa y que, tras el feroz y devastador ataque sajón, obtuvo una gran victoria inicial que frenó a los bárbaros paganos. Tras esta victoria la lucha continuó con dureza: «Unas veces los ciudadanos obtenían la victoria y otras veces eran derrotados», pero Ambrosio Aureliano parecía haber logrado detener a Hengest y a su hijo Octa y a sus guerreros en los límites de la región de Kent. De hecho, puede que las victorias obtenidas por este fueran tan sonadas y su poder se afirmara tanto como para que tras su figura se escondiera la de un personaje misterioso, pero plenamente histórico, que irrumpió en la historia del Imperio romano de Occidente y de la Galia en 469: Riotamo.

En efecto, gracias a Gildas sabemos que Ambrosio Aureliano era el jefe supremo de los britanos hacia 470 y por la *Chronica maiora* de Beda el Venerable sabemos que se alzó con el título de «rey supremo» de Britania en algún momento del segundo reinado de Zenón (476-491). Pues bien, Sidonio Apolinar, contemporáneo de Ambrosio Aureliano, y Jordanes, contemporáneo a su vez de Gildas, citan a un rey de los britanos que llegó a la Galia «cruzando el mar» en auxilio del emperador Antemio y al que llaman Riotamo. Según Jordanes, este desembarcó en el Tractus Armoricani a la cabeza de 12 000 guerreros para sumarlos a las tropas del *comes* Paulo y de los federados francos y enfrentar así a los visigodos de Aquitania que amenazaban la posición del Imperio en la Galia. Los aliados no llegaron a reunir sus fuerzas a tiempo y Riotamo fue derrotado por los

godos en la batalla de Déols y tuvo que retirarse con el resto de su ejército hacia el reino burgundio, federado de los romanos. Allí pasó el invierno y los desmanes de sus hombres provocaron que Sidonio Apolinar enviara a Riotamo una carta en la que solicitaba que los controlara mejor. Algunos historiadores han afirmado que Riotamo murió en territorio burgundio, pero lo cierto es que no hay prueba sólida de ello y como todo apunta a que llegó a la Galia desde el sur de Britania, tal como afirma Jordanes con claridad meridiana: «Llegó desde el otro lado del mar», lo lógico es pensar que regresó a casa con su derrotado ejército.

No podemos saber con total certeza si Riotamo es Ambrosio Aureliano, ni si Riotamo volvió a Britania. Pero es bastante lógico, como han mencionado muchos historiadores, concluir que el candidato más plausible a ser Riotamo es Ambrosio Aureliano. Si quiera sea porque el latino Riothamus no es un nombre, sino un título de origen celta que en lengua britana viene a significar algo así como «gran rey», esto es, lo mismo que el título que en Britania se otorgaba a los reyes que alcanzaban la hegemonía: *regum omnium regi*.⁵⁵ Precisamente lo que era o iba a ser Ambrosio Aureliano y porque solo él, como rey de la poderosa Dumnonia, podía reunir el poder militar necesario como para intervenir en la Galia a favor del emperador y máxime cuando, como ya hemos señalado, Dumnonia mantenía sólidas relaciones con los emigrados britanos asentados en Armórica hasta el punto de crear una nueva Dumnonia en Armórica, y cuando, además, Ambrosio Aureliano se consideraba, por encima de todo, y era considerado romano, y como tal capitaneaba el partido prorromano de Britania.

Así que cronología, situación política y título coinciden. Pero, en cualquier caso, Ambrosio Aureliano parece haber cosechado muchos éxitos y si la cronología de Beda en su *Chronica maiora* es acertada, impuso su hegemonía en Britania como *regum omnium regi e insularis draco* durante el segundo reinado del augusto Zenón.

Como Gildas no concluye la historia de Ambrosio Aureliano sino que sin solución de continuidad pasa a narrar la batalla de Badon, es lícito pensar que Ambrosio Aureliano también podría estar detrás de otra figura, en este caso semilegendaria, la de Arturo.

CAPÍTULO 5 BIZANCIO Y LA RECONQUISTA DE UN IMPERIO

JUSTINIANO Y LA *RECUPERATIO IMPERII*

¿El ejército de Justiniano y de sus inmediatos sucesores? Pocos ejércitos han conseguido victorias tan grandes con tan escasos efectivos. Y, sin embargo, sobre esos mismos ejércitos ha caído un manto peor que el del olvido: el del desdén. Un desdén fruto de un conocimiento superficial y, ante todo, de una visión desenfocada y sesgada de una época brillante para el Imperio romano que vio cómo de nuevo se extendía su dominio sobre todo el Mediterráneo.

Se ha acusado a Justiniano de haber dilapidado los «escasos recursos» de su Imperio en una «ensoñación» que iba contra el discurrir de la historia: la recuperación del Imperio romano quebrado por la caída de Occidente. Se le acusa también de belicista e imperiaalista, presentismos infantiles que descalifican, desde el punto de vista de la historiografía, a quienes lo han comparado con personajes tan variados como George Bush, Slobodan Milošević o Iósif Stalin.²

En fin, se ha afirmado con sorprendente aplomo académico que Justiniano centró sus recursos militares y económicos en una gravosa reconquista de un Occidente depauperado, mientras desguarnecía y arruinaba a un Oriente vital.

¿Las pruebas? Que setenta y cinco años después de la muerte de Justiniano un nuevo poder, el primer califato árabe, lograba quebrar el sueño de Justiniano: la unidad del Mediterráneo bajo el dominio romano. No parece algo muy sólido ¿Verdad? Acusar a Justiniano de que su política fue la causa de los avatares y errores de los romanos que gobernaron el Imperio tres generaciones después de que él muriera no parece muy convincente.

¿Pero acaso Justiniano no arruinó a su Imperio? ¿Acaso no destinó la mayor parte de sus recursos militares a la reconquista de un Imperio imposible? No. Las fuentes contemporáneas, cuando uno se limita a los hechos y datos por ellas transmitidos y no se deja deslumbrar por los juicios tendenciosos, desmienten de un modo rotundo ambas afirmaciones. Cuando Justiniano llegó al trono se encontró con las arcas del tesoro llenas a rebosar por los 23 000 000 de sólidos áu-

reos acumulados allí por Anastasio I y por Justino I, y con unos ingresos anuales que se han estimado en unos 8 479 000 sólidos áureos. Su Imperio abarcaba un área de 1 600 000 km y contaba con una población de más de 23 000 000 de habitantes. Cuando murió su legado fue un Imperio que se extendía sobre 2 300 000 km, habitados por unos 32 000 000 de habitantes y que contaba con unos ingresos anuales aproximados de 9 500 000 sólidos áureos.³ No es un mal balance. Por lo demás, Justiniano dejaba tras de sí un tesoro lo bastante bien provisto como para que sus dos inmediatos herederos, Justino II (565-578) y Tiberio II (578-582) se pudieran permitir una política de gasto desatado y ello sin que el tesoro quedara exhausto hasta la llegada de Mauricio al trono en 582. No fue Justiniano, sino Justino II y Tiberio II quienes agotaron por completo las reservas del tesoro. De hecho, se ha demostrado que al marcharse Justiniano había lo que hoy llamaríamos unas cuentas saneadas en las que ingresos y gastos se compensaban. Pero ¿y las costosísimas campañas militares para recuperar Occidente? África, el África vándala, fue recuperada en una fulgurante campaña, 533-534, en la que se emplearon tan solo 18 000 soldados, 30 000 marineros, 92 naves de combate y 500 barcos de transporte, y todo ello con un coste aproximado de 1 100 000 sólidos áureos. Un ejército y una flota que no llegaban ni a la mitad de lo que en 468 León I había puesto inútilmente en campaña para recuperar África de manos de los vándalos y un gasto nueve veces menor: 40 000 soldados, 60 000 marineros, 200 naves de combate, 900 de transporte y 10 428 571 sólidos áureos.⁴ La comparación que acabamos de hacer, con cifras extraídas de las fuentes contemporáneas, muestra de manera diáfana la efectividad de los ejércitos de Justiniano. Además, esa suma invertida en la *recuperatio* de África, 1 100 000 sólidos áureos, se amortizó en tan solo un año, pues las rentas de las fincas que pasaron directamente al emperador y el cobro de los impuestos africanos arrojaban un total anual aproximado de 1 100 000 sólidos, y eso tirando por lo bajo.⁵ ¿Quién dijo que la *recuperatio* fue un mal negocio?

CAPÍTULO 6 BAJO UN ESTANDARTE DE LEONES

EL CONTEXTO HISTÓRICO: DE LOS ORÍGENES AL IMPERIO UNIVERSAL

El origen de los sasánidas está envuelto en leyendas. Lo único cierto es que hacia el año 150 de nuestra era, Sasán, fundador de la dinastía sasánida, aparece como sumo sacerdote de Anahita, diosa de la luna y la fertilidad, en el gran templo de Istakhr, una ciudad de Fars, la Pérsida o Persia propiamente dicha de los antiguos. El hijo de Sasán se alzó hasta el trono de toda Fars y su nieto, Artashir o Ardashir I, se sublevó contra el «rey de reyes» de Partia y lo derrotó en el año 224 acabando con el Imperio parto y creando un nuevo Imperio persa que pronto, merced a su genio militar, administrativo y organizador, fue capaz de poner en jaque a Roma y de conquistar a otro de los grandes imperios del momento: el de los juchanas.

El ascenso de Persia fue tan formidable en el siglo III que Roma fue reiteradamente vencida y humillada y se vio obligada a reformar, renovar y transformar sus ejércitos, sus estructuras fiscales y económicas e incluso su sociedad, para sobrevivir a la formidable crisis que padeció en el siglo III en buena medida propiciada, o al menos muy agravada, por la presión sasánida.

El siglo IV contempló una lucha implacable entre Roma y Persia por la hegemonía mundial. Pero en 385 ambos imperios llegaron a una paz estable y estuvo bien que lo hicieran, pues los bárbaros llamaban a sus puertas y en el siglo siguiente, el V, ambos, Bizancio y Persia, tuvieron que centrarse en sobrevivir.

A Persia le tocó enfrentar a los kidaritas y a los chionitas y, tras estos, y so-

bre todo, a los hunos eftalitas. Estos últimos aniquilaron a la mayoría del ejército persa y con él a su rey en una gran batalla librada en Asia Central en 488. La derrota fue de tal magnitud que Persia se sumergió en una crisis sin precedentes y hasta su rígida sociedad, organizada en castas, parecía a punto de saltar por los aires al surgir entre su pueblo una doctrina revolucionaria y radical, el mazdaqismo, que, entre otras cosas, predicaba la comunidad de bienes y mujeres. La nobleza vio amenazada su supervivencia y el caos se apoderó del país y ello justo cuando los hunos eftalitas se enseñoreaban del oriente del Imperio e imponían a Persia un pesado y humillante tributo.

Tras múltiples luchas y peripecias, con el apoyo de los hunos eftalitas y de los revolucionarios mazdaqitas, un príncipe sasánida, Khavad I, logró asegurarse el trono y, tras consolidarse en él, puso coto a los extremistas mazdaqitas, «ató en corto» a la gran nobleza y comenzó a devolver a Persia su poderío militar y económico.

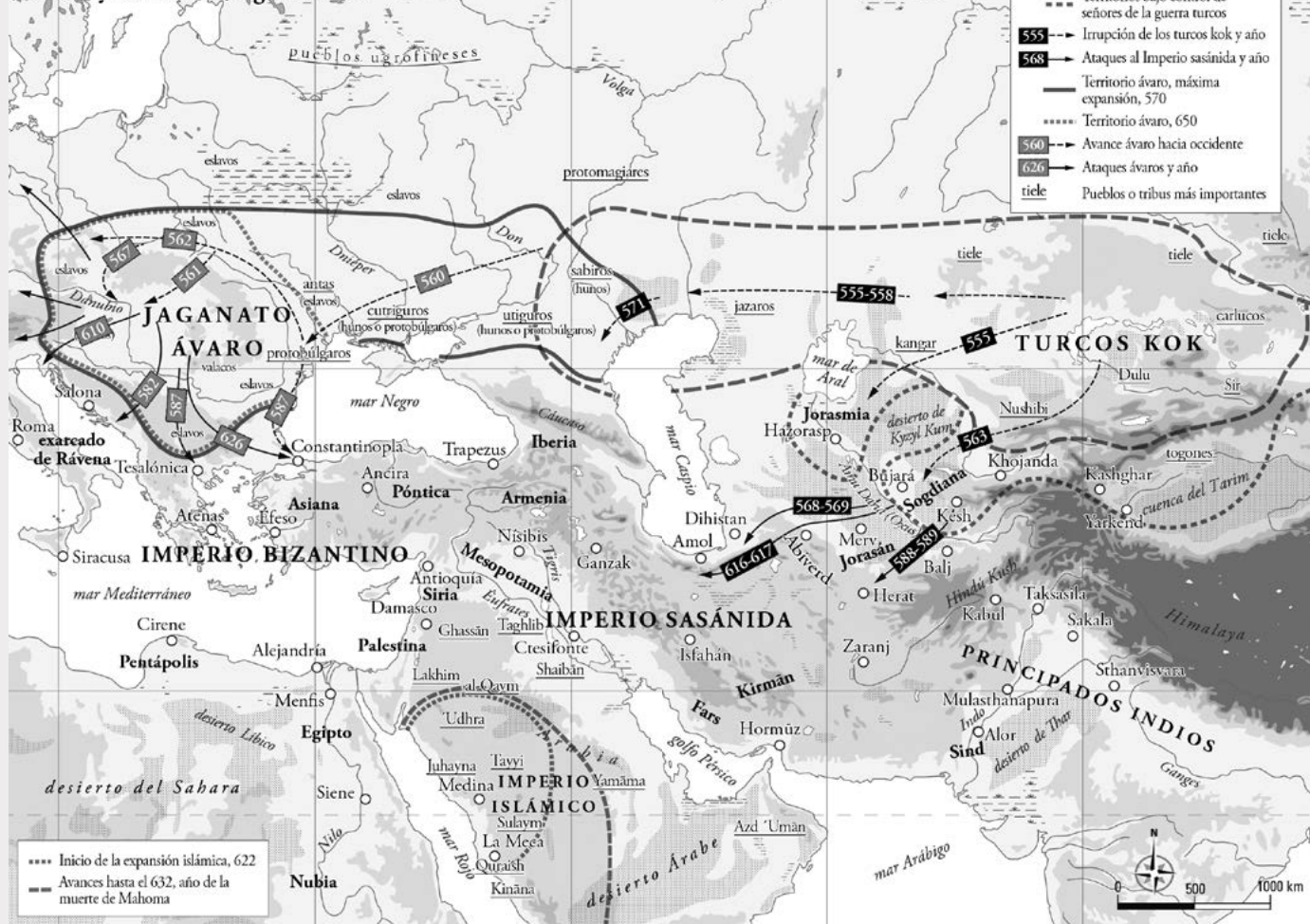
El hijo de Khavad, Cosroes I Anusirwan (531-579), es decir, «el del alma inmortal», subió al trono en 531 y puso en marcha una serie de grandes reformas militares, fiscales, administrativas y económicas que transformaron Persia y la dotaron de un poderío impresionante. Este sería el gran rival de Justiniano.

En 541, condujo al nuevo ejército persa surgido de sus reformas contra la Mesopotamia y la Siria romanas y tomó la



Plato de plata dorada con la representación en nielado de un monarca sasánida cazando carneros, finales del s. V o comienzos del VI. Probablemente representa a Firuz I o a su hijo Kabades I, a tenor de la similitud de los tocados con los que aparecen en las emisiones monetarias de dichos monarcas. La corona, con un globo cubierto de seda en su parte superior, junto al halo que rodea la testa del jinete y los lazos que rodean su pecho y que flotan a su espalda, indican su carácter real. Puede apreciarse el potente arco compuesto recurvo y la aljaba. Metropolitan Museum, Nueva York.

Imperios de las estepas ávares y turcos kok, siglos VI-VII



tercera ciudad del Imperio romano: Antioquía. A partir de ahí, las guerras se sucedieron en un continuo vaivén de victorias y derrotas en las que ninguno de los dos imperios se alzaba con una ventaja decisiva y en las que el Cáucaso, Armenia, la Alta Mesopotamia y los límites arábigos de Siria eran los ensangrentados campos de batalla. Pero en 557 Cosroes I firmó una apresurada tregua. Lo hacía no porque sus ejércitos no pudieran continuar la lucha contra los romanos en el frente occidental de su Imperio, sino porque los necesitaba en su frontera oriental.

En efecto, los hunos eptalitas, que mantenían a Persia bajo una humillante situación de vasallaje, tenían problemas: un nuevo Imperio de las estepas se había alzado en lo que luego sería Mongolia y ese nuevo poder, el de los tu-kiu o turcos kok, acababa de proponer a la Persia sasánida una alianza para atacar juntos a los hunos eptalitas y dividirse su Imperio. Cosroes I aceptó y sus ejércitos se desplazaron desde el Cáucaso al Jorasán y en una gigantesca «maniobra de tenaza» confluyeron junto a los de los turcos sobre territorio eptalita. Estos fueron destruidos y Cosroes I entabló una gran alianza con los turcos kok

que reabrió la Ruta de la Seda, situó la frontera en el Oxus (Amu Daria) y le permitió en los años siguientes continuar su expansión en oriente llevando a sus ejércitos hacia la India y sus flotas hasta Ceilán y África oriental antes de dirigir a los unos y a las otras hacia el sur de Arabia. Allí se enfrentó con el Imperio de Axum –aproximadamente la Etiopía y la Eritrea actuales– y se apoderó del solar del antiguo reino de Himyar (Yemen).

De modo que a la *recuperatio* justiniana que contempló cómo el dominio bizantino se extendía hasta el lejano occidente, hasta las Columnas de Hércules, Persia podía oponer el éxito de su propia *recuperatio* que había visto cómo se extendía su poder hasta la India, el océano Índico y Yemen. Desde esta perspectiva global, ambos imperios, el romano y el persa, habían visto cómo su poder se incrementaba y renovaba en el siglo VI y aunque en 561 habían terminado firmando una paz que consolidaba la tregua de 557 y garantizaba una suerte de equilibrio entre ambas potencias, estaba claro que la acumulación de poder y energía llevaría a ambos imperios a volver a disputarse la hegemonía sobre el mundo antiguo.

CAPÍTULO 8 LA ESPADA DE DIOS

EL DESPERTAR DE LA BESTIA DEL CUARTO REINO: LAS BATALLAS DE QADISIYA Y YARMUK, A. D. 636

«Como un viento de tempestad»⁵⁵, con esa imagen trataba de concretar y definir un historiador armenio de la segunda mitad del siglo VII la formidable y devastadora irrupción de los ejércitos árabes sobre el Oriente persa y bizantino que tuvo lugar en los años de su juventud. Sebeos, que así se llamaba el historiador armenio en cuestión, tuvo que acudir a las profecías del profeta Daniel para tratar de entender cómo era posible que aquellos hombres del sur fueran los dueños de la tierra. Encontró respuesta: era la voluntad de Dios y se había profetizado. Los árabes eran la «bestia del cuarto reino», el último que tenía que dominar la tierra antes de la llegada del Anticristo. La bestia que el profeta Daniel contemplara en sus visiones: «La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará».⁵⁶

Incluso antes de que Mahoma y el califa Abu Bakr completaran la unificación de la península arábiga, ejércitos y merodeadores árabes estaban atravesando las fronteras de Persia y Bizancio. Al principio ni siquiera eran seguidores de Mahoma, simplemente se trataba de grupos de guerreros que, aprovechando el caos en que se habían convertido las fronteras de los viejos imperios por mor de la larga y durísima guerra que estaban entablado entre ellos, realizaban incursiones en busca de botín. Luego, a partir de 628, llegó el turno de «los árabes de Mahoma». Para ese entonces, la guerra romano-sasánida había terminado, pero sus efectos tenían postrados a ambos imperios y el nuevo Imperio árabe de Mahoma trató de aprovecharlo. La tardía historiografía islámica recoge la tradición de que Mahoma envió cartas a los poderosos señores de Persia y Bizancio conminándoles a la conversión. Las fuentes contemporáneas recogen, sin embargo, que lo que exigían los árabes a cambio de la paz era plata y oro. Pero el caso es que ni Persia, ni Bizancio, agotados como estaban, contaban con oro y de todas formas las tribus y reinos árabes venían haciendo eso, pedir tributos a cambio de que sus guerreros no asaltaran las fronteras, desde hacía siglos

y nunca habían supuesto un peligro importante para los grandes imperios. Así que, simplemente, no los tomaron en serio.

Debieron de haberlo hecho, aunque las primeras incursiones de «los árabes de Mahoma» fueron un fracaso: en 629 un ejército musulmán fue batido por completo por los bizantinos en lo que hoy es Jordania, mientras que en el sur de la Mesopotamia persa las incursiones árabes fueron repelidas con éxito bajo la dirección de la «reina de las reinas» Boran (630-631) «restauradora de la raza de los dioses»,⁵⁷ según proclama con orgullo en sus monedas.

Pero el orgullo no es tan afilado como el acero. Cuando Boran fue derrocada y subió al trono de Persia un adolescente, Yazdgerd III (632-651), la nobleza persa retomó el camino del enfrentamiento interno y la anarquía feudal que venía azotando a Persia desde la muerte de Khavad II en septiembre de 628 y su frontera con los árabes volvió a quedar abierta a las incursiones de estos últimos.

En la frontera con Bizancio las cosas estaban también cambiando. Heraclio había logrado retomar el control del *limes* sirioarábigo en septiembre de 629 y las viejas unidades como la Legio IV Scythica, o como la Cohors VIII Voluntaria, o como los XV y XXVI *bande* de los *equites Ilyriciani*,⁵⁸ regresaron a sus fortificaciones y acantonamientos.

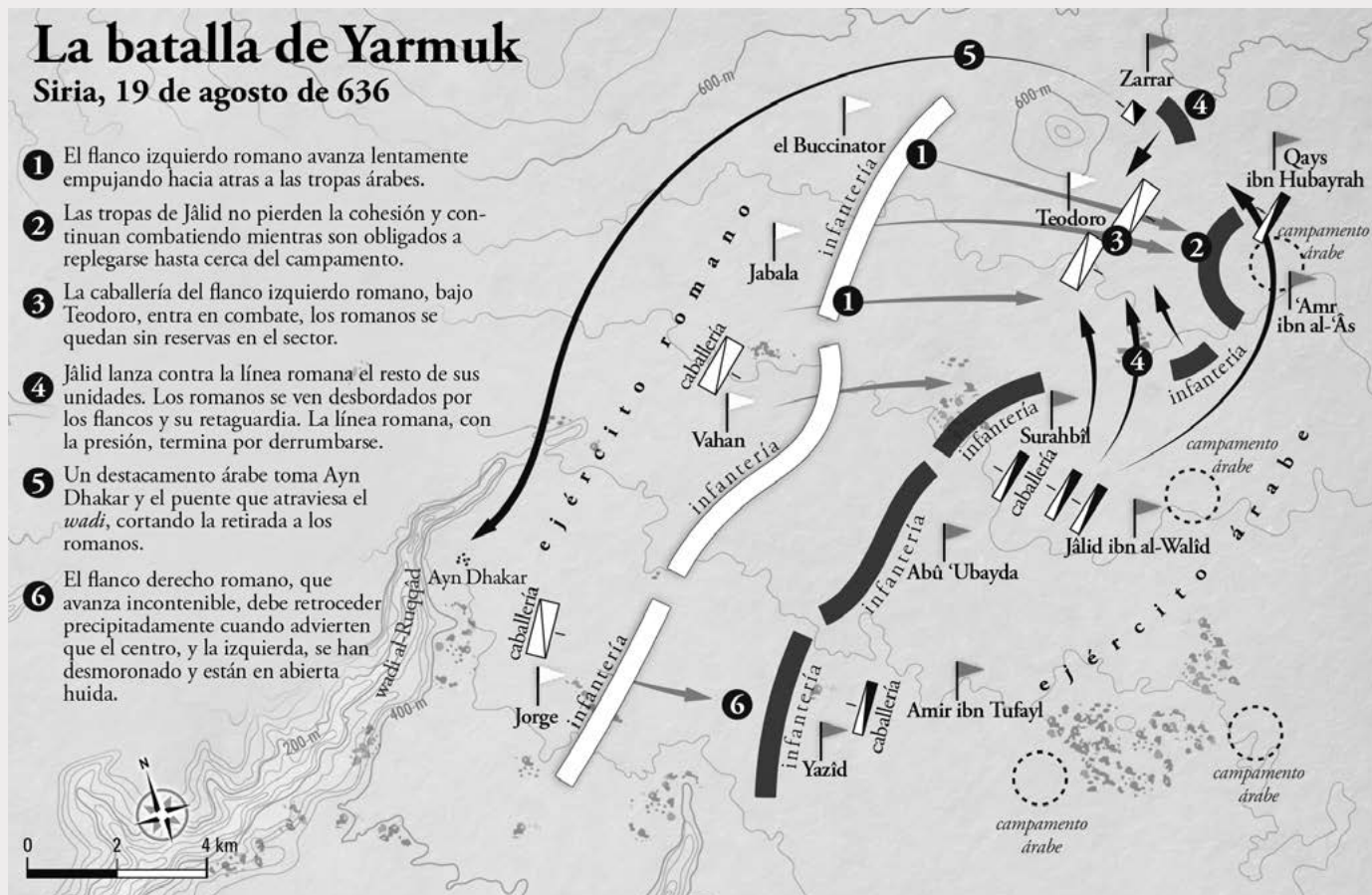
Pero los ojos de Heraclio se apartaron pronto de allí. El mundo cambiaba y ofrecía oportunidades. El soberano de los turcos kok fue asesinado en 630 y lo mismo le ocurrió a Sharvaraz, el viejo enemigo de Heraclio y luego su aliado y *shahansha* del Imperio persa. Heraclio trató de aprovechar la situación y durante los siguientes dos años sus esfuerzos se centraron en asentar su influencia sobre el bamboleante trono persa y en promover que su hijo adoptivo y kan de los onoguros, Kuvrat, recogiera los frutos del caos del Imperio Turco y del debilitamiento del ávaro.

Así que, en 631, Mahoma recogió el fruto de la falta de atención de Heraclio al *limes* árabe: el obispo de Ayla (Áqaba) cansado de pedir ayuda a las auto-

La batalla de Yarmuk

Siria, 19 de agosto de 636

- 1 El flanco izquierdo romano avanza lentamente empujando hacia atrás a las tropas árabes.
- 2 Las tropas de Jálid no pierden la cohesión y continúan combatiendo mientras son obligados a replegarse hasta cerca del campamento.
- 3 La caballería del flanco izquierdo romano, bajo Teodoro, entra en combate, los romanos se quedan sin reservas en el sector.
- 4 Jálid lanza contra la línea romana el resto de sus unidades. Los romanos se ven desbordados por los flancos y su retaguardia. La línea romana, con la presión, termina por derrumbarse.
- 5 Un destacamento árabe toma Ayn Dhakar y el puente que atraviesa el wadi, cortando la retirada a los romanos.
- 6 El flanco derecho romano, que avanza incontenible, debe retroceder precipitadamente cuando advierten que el centro, y la izquierda, se han desmoronado y están en abierta huida.



ridades bizantinas y agobiado por las incursiones de «los árabes de Mahoma» entregaba la ciudad al profeta y señor de estos últimos, Mahoma.⁵⁹ Una brecha se había abierto en el sólido muro de la frontera romana y por esa brecha se colarían los tres ejércitos árabes que a fines de 633 penetrarían en el sur de Palestina para iniciar la conquista de las provincias romanas de Oriente. Su primer gran éxito lo tendrían en Dathin, en febrero de 634, cuando destruyeron al ejército del *dux* de Palestina y dieron muerte a este último. Heraclio, sobresaltado por la noticia, se vio al fin obligado a enviar un ejército de campaña contra los árabes, pero aun así no se alarmó en exceso y la fuerza que puso bajo el mando de su hermano Teodoro no superó los 12 000 hombres. Fue aplastada en Ajnadain por los árabes que, comandados y reforzados por Jálid ibn al-Walíd, «la espada de Dios», se hicieron ese día, 29 de agosto de 634, con el control de todo el sur de Palestina.⁶⁰

Al año siguiente, tras obtener nuevas victorias en Galilea y la Decápolis, los árabes tomaron Damasco, la ciudad más rica de Siria meridional, aislaron Jerusalén y bloquearon las dos grandes ciudades de la costa palestina, Cesarea Marítima y Gaza. Heraclio comprendió entonces que un peligro tan grande como el que habían supuesto los persas, se alzaba contra su Imperio.

Mientras tanto, en el frente persa, entre la primavera de 633 y los inicios del verano de 634, Jálid, «la espada de Dios», tras someter a las tribus rebeldes a la autoridad del califa Abu Bakr y destruir el poder de los profetas Musaylima y Sayâh, los viejos rivales de Mahoma, atacó con éxito a los vasallos árabes de Persia, los lakhmíes e incursionó en el sur de Mesopotamia. Los persas aún pudieron obtener éxitos resonantes contra los invasores árabes, por ejemplo, en octubre o noviembre de 634 aplastaron a un ejército árabe en la llamada «batalla del puente»,⁶¹ pero al igual que en la frontera romana de Palestina, los árabes habían abierto una brecha y penetrarían por ella sin cesar.

CAPÍTULO 11 EN LOS CONFINES DE OCCIDENTE

EL «VIENTO DE TEMPESTAD» SE ESTRELLA CONTRA EL «MURO DE HIELO»: LA BATALLA DE POITIERS

Pero los francos no se movían. Siete días se pasaron así, entre escaramuzas y ataques fingidos. «El muro de hielo» de los guerreros francos no se movía. Seguía allí, con sus flancos apoyados en los densos bosques que se extendían a ambos lados de la carretera y con sus primeras filas formadas por lo mejor de la hueste franca: la *scara* de Carlos Martel y los *leudes* y nobles merovingios. Estos guerreros, excelentemente armados, estaban haciendo lo mismo que sus antepasados cuando, muy cerca de allí, en Vouillé y 226 años atrás, enfrentaron a los visigodos de Alarico II: echar pie a tierra, alzar sus lanzas y juntar sus escudos. Tras su centro y su ala derecha, estaban situados los hombres peor equipados y las formaciones de arqueros y honderos, mientras que detrás de su flanco derecho se desplegaron unos pocos jinetes armoricanos, no más de dos centenares, y en su flanco izquierdo se apostó Eudo con sus caballeros aquitanos y con los salvajes jinetes de sus *hostis vasconorum*.

Fue en el octavo día, en una fecha indeterminada de octubre de 733, cuando la muerte se cebó en los guerreros del califa. Al amanecer, como en los siete días precedentes, al-Gafiqi formó el *jamis* y envió a sus arqueros a hostigar a los francos. También como cada día an-

terior, los francos, de nuevo formados en un muro de escudos, no se movieron. Al-Gafiqi envió entonces a sus tres principales divisiones de lanceros para que atacaran por turnos el centro y las alas de los enemigos. Los francos rechazaron esos ataques, pero no persiguieron a los sarracenos ni a los moros, sino que mantuvieron sus líneas con los espesos bosques guardando sus flancos. El combate se enconó. Los guerreros bereberes, indisciplinados pero feroces, se lanzaban como locos contra los escudos y lanzas francas para morir atravesados por sus puntas, mientras que los disciplinados y mejor armados *muqâtila* se trababan en duras refriegas, lanza contra escudo y espada chocando contra espada. Los francos resistían y cuando se veían en apuros, un pequeño contingente de jinetes armoricanos surgía del flanco derecho, de entre los árboles, y hostigaba a los musulmanes con sus rápidas cargas en las que desde sus monturas arrojaban lluvias de venablos antes de volver a la seguridad de la floresta.



Estatua de estuco policromado del palacio de Hirbat al-Majfar, en Palestina. Representa a un guerrero omeya armado con una cota de escamas cuyos detalles se pueden apreciar merced a la meticulosa precisión de la obra. Así, se comprueba que las escamas están dispuestas en filas horizontales y, entre una y otra fila se dispone una superficie lisa, acaso un tejido o una capa de cuero. Las escamas estarían, presumiblemente, cosidas a este soporte orgánico y no entre sí. Bajo esta coraza se aprecia el empleo de una túnica y, bajo esta, lo que podrían ser pantalones cortos. De particular interés son las protecciones en las piernas, que podrían corresponder a botas de caña o, lo que es más probable, a polainas que emplearan las tropas a modo de defensa. El escudo, dotado de umbo cónico, resulta difícil de interpretar, y puede corresponder a un modelo de cometa, similar a los empleados por las tropas bizantinas en este periodo. En esencia, la similitud con la panoplia bizantina es muy destacada. La espada es, sin embargo, producto de una restauración moderna, muy poco rigurosa y carente de fundamento alguno, siendo más probable que con la mano diestra sujetase una lanza, hoy perdida. Rockefeller Museum, Jerusalén.

El día avanzaba. El sol declinaba y el combate se generalizó en toda la línea de batalla. Carga tras carga, la infantería musulmana se estrellaba contra el muro de escudos franco y los muertos y heridos se comenzaron a contar por centenares.

Entonces, con la tarde bien comenzada ya, de la retaguardia musulmana se alzaron gritos de advertencia. Cuando los hombres de la línea de batalla musulmana miraron hacia atrás entendieron por qué les advertía su retaguardia: desde el lugar donde se hallaba el campamento se alzaba una densa columna de humo.

Y es que Eudo, ahora de nuevo un duque franco tras someterse a Carlos Martel, había conducido por detrás del impenetrable bosque a sus jinetes aquitanos y a sus bárbaros vascones. Aquella caballería constituía un contingente habituado a cabalgar y luchar en los montes y bosques de los Pirineos y, allí, en los lindes tan disputados de Aquitania y Neustria, el terreno no guardaba secretos para ellos. Condujeron a sus caballos hasta la retaguardia musulmana, ascendieron la colina que guardaba uno de los costados del campo enemigo y, mientras el grueso del ejército de al-Gafiqi peleaba a brazo partido contra los hombres de Carlos Martel, cayeron sobre el campamento musulmán.

Este estaba protegido, es cierto, pero sus defensores estaban concentrados en la contemplación del duro combate que se libraba ante ellos a no mucha

distancia y, además, el campamento musulmán hervía de mujeres y niños musulmanes y de miles de cautivos cristianos. Debía de ser un bonito caos. Sobre él cayeron los jinetes de Eudo. Su carga fue magnífica. Arrojaron sus venablos contra los guardias y asaltaron las barricadas que cerraban el campo enemigo. No pudieron hacerse con su control, desde luego, pero causaron una gran mortandad entre los civiles allí refugiados y quemaron y saquearon con suficiente éxito como para que pronto hubiera todo un escándalo tras las líneas de combatientes musulmanes. Cuando estos vieron el humo y a los civiles que huían aterrizados desde el campamento hacia ellos, y pensaron en las riquezas que habían dejado en sus tiendas, no lo soportaron. Puede que los *muqâtila*, los soldados profesionales, aguantaran la presión y mantuvieran las filas, pero los voluntarios bereberes no. Dejaron la batalla y retrocedieron en tropel hacia el campamento para protegerlo y poner a salvo a sus familias y sus riquezas.

Era lo que Carlos Martel había esperado. Dio la orden y el «muro de hielo» franco avanzó. Los *muqâtila* de al-Gafiqi cerraron filas y ofrecieron resistencia, pero sin el apoyo de los voluntarios no podían hacer otra cosa sino retrasar el incontenible progreso enemigo. Metro a metro, golpe a golpe, los musulmanes reculaban.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

